

EL AGUA Y LA PALABRA

Antología de
Relatos. VII

Agua de otoño para Ángel Ganivet

EDUARDO CASTRO

Paniolla

NICOLÁS PALMA

Don Ramón y su pequeño
astillero albaicínero

AYES TORTOSA

Agua de otoño para Ángel Ganivet

(Historia de una obsesión, a partir de un texto
de Sebastián de la Odra)

EDUARDO CASTRO

“**L**AS CIUDADES donde falta el contrapeso de las ideas son como los desiertos: un día, en silencio mortal, y otro, agitados por los más violentos huracanes.” Corría el mes de febrero de 1896 cuando Ángel Ganivet plasmó en Helsinki, la capital de Finlandia entonces conocida como Helsingfors, adonde había sido trasladado a primeros de ese año desde la ciudad belga de Amberes, esta tremenda frase en el primero de los doce capítulos que componen su *Granada la bella*: “Las ciudades donde falta el contrapeso de las ideas”, repito, “son como los desiertos: un día, en silencio mortal, y otro, agitados por los más violentos huracanes”. Nadie pareció darse entonces por aludido. Tampoco hubo una sola vestidura rasgada en toda la ciudad, a pesar de que ya en el primer párrafo del libro advertía Ganivet a los lectores sobre su comprometida posición de observador crítico: “Voy a escribir sobre Granada unos cuantos artículos para exponer ideas viejas con espíritu nuevo, y acaso ideas

nuevas con viejo espíritu; pero desde el comienzo dése por sentado que mi intención no es cantar bellezas reales, sino bellezas ideales, imaginarias. Mi Granada no es la de hoy, es la que pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún día será". Publicados antes en las páginas de *El Defensor de Granada*, que dirige su amigo Luis Seco de Lucena, los doce pequeños ensayos del libro sobrevivirán al paso de los años, de los lustros, de las décadas e, incluso, de los siglos, para llegar hasta nosotros con la misma vigencia y la misma fuerza huracanada que su autor les insufló en su día al aliento de su espíritu crítico.

Ahora, casi tres años más tarde de aquel primer artículo, sobre la mesa de su despacho del consulado de Riga, la capital de Letonia, adonde acaba de llegar a finales del verano de 1898, se extiende un gran pliego de papel que la desborda. Se trata de un plano de su Granada natal, no el que mandó comprar a sus hermanos en una librería de Puerta Real cuando se disponía a escribir los artículos para *El Defensor*, sino otro en el que sólo emergen húmedas arterias, indicando todas ellas lugares en los que habita el agua. El agua, sí, el agua, ese bien auténticamente mágico y embriagador que tanto obsesiona a nuestro personaje. Es inútil preguntarse qué hace Ángel Ganivet, insomne, recorriendo con sus ojos la ciudad que le hace perder el sueño, rastreando sobre el plano todos los pilares, los aljibes, los estanques de la ciudad, recorriendo con las yemas de sus dedos los curiosos recovecos de las acequias, el tortuoso curso de los dos ríos, señalado éste en ambos casos con trazo más grueso y vivo, como corresponde a quienes, *uno llanto y otro sangre, bajan de la nieve al trigo*. Es inútil preguntarse qué hace Ganivet soñando despierto con su Granada. Aquí, el aljibe de Trillo; allí, el de las Tomasas; más allá, el de la Vieja; por allí arriba, el aljibe del Rey; no muy lejos, el de San Miguel; un poco más abajo, el de San José, y en medio de ese gran entramado de callejuela, los de Colorado, la Gitana, el Peso de la Harina, San Bartolomé; San Luis, Santa Isabel, San Nicolás, Bibalbonud.... Todos ellos, verdaderas cisternas que almacenan, ocultas, las provisiones de agua. Todos ellos, en un espacio amontonado, como diría el poeta, sobre la colina del Albaicín. Inútil es preguntarse por

qué recorre con el índice de la mano derecha el trazo grueso del Genil y el Darro, para seguir después con los restantes dedos la red de pequeñas arterias que se derraman sobre el plano. Son las acequias de Granada, empezando por las dos que se nutren del Genil: la llamada del Candil, más humilde, y la más vanidosa e importante del casco urbano, conocida como la acequia Gorda, en cuyo cauce cuentan que aparecían, cada cierto tiempo, niños ahogados. Después está la compleja malla distribuidora que rezuma del Darro, desde el más sencillo canal de la ciudad, la acecolilla menor que bifurca su sendero en los azarbes de San Juan y de Santa Ana, hasta el más caudaloso de todos, privilegiado como su propio nombre indica, pues me refiero a la acequia Real, que más tarde deriva en otras dos: la llamada acequia del Tercio, que alimenta el Generalife, por un lado, y, por el otro, la de los Dos Tercios, que irriga el recinto de la Alhambra y le proporciona dos de sus sonidos más característicos, a saber, el sonido del agua y el de su silencio. Tan caudalosa era esta última que aún daba para abastecer a los Mártires y a San Cecilio. Y no se acababa ahí el deambular de los dedos ganivetianos sobre el papel, sino que llegaban, por un extremo, hasta la Fuente Nueva, y por el otro, al punto donde, como queriendo escapar del plano, figuraba el manantial del “Ojo de las lágrimas” –Aynadamar–, más conocido ya como la Fuente Grande de Alfacar. Y entre ambos extremos, salpicados de estanques y de albercas, los dos barrios principales, los que tienen impresa en la cal de sus callejas la verdadera historia de la ciudad, los que encierran en sus cármenes el *paraíso cerrado para muchos, los jardines abiertos para pocos*. Pero más sensaciones le llegan al pasear el dedo por el bosque de la Alhambra y llegar junto a la Puerta de la Justicia, donde el Pilar de Carlos V compite en esplendor con la fuente del Sultán del Topkapı otomano de Estambul. Como, también, un poco más adentro, en el centro del bosque, el monumento con el que Juan Cristóbal perpetuará décadas más tarde la memoria de su amor por el agua, en el surtidor que brota de la boca del macho cabrío que su réplica en estatua sujeta por los cuernos. O como, asimismo, hacia el flanco oriental de la colina de la Sabika, en el antiguo barrio hebreo de la ciudad, el del Realejo, el aljibe

medieval de Rodrigo del Campo, fechado en el siglo XIV, o el moderno pilar habilitado en 1855 por el Ayuntamiento Constitucional en la puerta misma del Carmen del Mauror, justo en frente del célebre Carmen de las Ánimas. O, por seguir la Cuesta de los Gomeles, ahora rebautizada como Gomérez, al volver a bajar a Plaza Nueva y posarse sobre el Pilar del Toro, emplazado, quién sabe si definitivamente ya, junto a la iglesia de Santa Ana. O, igualmente, al llegar después, un poco más abajo, adosado a la Catedral, aunque escaso de agua, al Pilar de Cárcel Baja... Rodea, eso sí, un par de manzanas, para no rozar con su sensible yema el futuro emplazamiento del monumento al aguador y su burro, pues alguien le habrá adelantado que ni hace justicia al hombre ni al animal.

En ese momento, el exceso de humedad que inunda la estancia lleva hasta el autor de *Granada la bella* un aire macilento y espeso. Un desorden melancólico que le hace querer tocar y poseer aquello que sólo puede ser contemplado. Una melancolía que le empuja, pues de su misma naturaleza participa, a respirar el aire del otoño, la estación en la que solía disfrutar los más entrañables paisajes de su tierra, debido tanto a la luz especial de la época como a la espectacularidad de los colores que entonces predominan en la naturaleza. El asombroso latido de la memoria le conduce entonces a retornar sobre sus propios pasos, por una Carrera del Darro ya crepuscular y cárdena. Preso de su ansiedad, deja tras de sí el Bañuelo, la Casa de Zafra, San Pedro, las Chirimías... Y allí, al fin, ¡el Paseo de los Tristes! Todo, o casi todo, le es familiar: el bosque, el atardecer morado, la silueta de la Alhambra... ¡Cuánto tiempo ha tenido que desesperar para respirar de nuevo este sosiego tan intenso y único! Él, que –como dejó bien claro en su librito– conoce ciudades atravesadas por ríos grandes y pequeños, desde el Támesis, el Sena o el Sprée, hasta el humilde y sediento Manzanares, no ha visto nunca, en cambio, “ríos cubiertos como nuestro aurífero Darro”. Por eso no le dolieron nunca prendas al afirmar que quien concibió la idea de embovedarlo tuvo necesariamente que hacerlo de noche, “en una noche funesta para nuestra ciudad”. Vuelve entonces a descansar, como tantas otras veces antes, en el Aljibillo, tomando lue-

go, desde allí, el antiguo Camino de los Muertos, conocido ahora por la Cuesta de los Chinos. Pero no se adentra demasiado en él, sino que, casi de inmediato, gira a la izquierda para subir, lentamente, hacia la Fuente del Avellano, la que la ciudad le concedió, hace ya más de un siglo, a perpetuidad. Sube, pues, hacia su fuente, robando para sí, como sólo el hondo amor es capaz de hacerlo, todo el verdor y toda la esencia de la tierra y de las hojas... Sube hacia su fuente y siente un agradable calor interno, ese calor que el sabio Averroes aseguraba que únicamente puede tener su origen en el corazón. Sube hacia su fuente y desde allí contempla el Sacromonte, la última morada de los moriscos granadinos. Y allí, junto al agua fría del Avellano, se sienta a meditar y no tarda en derramar unas lágrimas al recordar su propia sentencia: "Contra un pueblo que renuncia a ver el agua que corre a sus pies y el cielo que tiene sobre sus cabezas, no queda más recurso que echarse a llorar".

Es otoño. Granada es otoño. Y Ganivet, en la tentativa de aferrarse al recuerdo, confunde su memoria con sus fantasmas. Está en el Avellano, aunque continúa sin moverse de su despacho de Riga. Está en el Avellano y se pregunta qué ha sido de sus inquietos amigos, aquellos que conformaron con él, en el redil de la fuente, la más insólita y fructífera de las tertulias de Granada, la histórica "Cofradía del Avellano". Es otoño, Granada es el otoño. Gobernado por la melancolía, Ganivet hace sonar, una vez más, el diapasón: ha dado comienzo la tertulia. Nadie acude esta vez, sin embargo. ¿Dónde está –pregunta, se pregunta– Antonio Joaquín Afán de Ribera, "Gaudente el Viejo", el eterno enamorado del Albaicín? ¿Por qué Diego Marín y Elías Pelayo no vienen a relatarnos sus escapadas a la Sierra Nevada que tan bien conocen? ¿Cómo es que guarda silencio Rafael Gago Palomo? ¿Acaso se ha cansado de relatar los jocosos avatares de la coronación de Zorrilla como poeta, en Granada, que él mismo auspició? ¿Acaso está ya preparando el futuro prólogo de la segunda edición de Granada la bella, la que en 1904 saldrá por primera vez en forma de libro de la imprenta de *El Defensor*? Podría, si quisiera, hablar de tantas cosas, pues brillantez y oficio no le faltan: novelista, ingeniero, médico y astrónomo son

algunos de los títulos que adornan a este curioso contertulio que inspiró a Ganivet uno de los personajes más interesantes de su novela *Los trabajos del infatigable Pío Cid*. ¿Dónde está Melchor Almagro San Martín, el benjamín del grupo y diplomático como él mismo, conocido en la cofradía como “Gaudente el joven” para distinguirlo de Afán de Ribera? ¿Dónde está el periodista y escritor Matías Méndez Vellido, bibliófilo empedernido, que en la citada novela aparece bajo el nombre de Feliciano Miranda? ¿Dónde, el propio Pío Cid, su ‘alter ego’ en la novela y contertulio principal de la cofradía? ¿Y Francisco Seco de Lucena, su “hermano” del alma, a quien le acaba de enviar su última pieza literaria, el auto titulado *El escultor de su alma: drama místico en tres actos*, para que se encargue de su estreno teatral y cuide su edición impresa? ¿Y Nicolás María López, a quien había confesado su intención frustrada de escribir tres artículos más para su *Granada la bella*? “Te diré”, le respondería desde Helsingfors, ante las noticias de él recibidas sobre la buena acogida que la serie había tenido en Granada, “que hubiera deseado escribir tres artículos más; dos estuvieron ya escritos y los rompí, el uno porque daba a la cosa un tono guasón demasiado fuerte, y el otro porque le daba un carácter demasiado grave, pues mi idea era hacer equilibrios en la cuerda floja”. ¿Y Gabriel Ruiz de Almodóvar? ¿Y todos los demás? ¿Es que el otoño es aquí también ausencia? ¿Es que en noviembre no hay ya nadie con quien hablar?

Una extraña sensación de pérdida, como en realidad son extraños todos los atardeceres, como lo son también todos los otoños, como lo es incluso esta Granada, le hace desviar su atención de los amigos, para fijarla de nuevo en el plano de la ciudad, donde extraña tantos nombres al tiempo que echa en falta tantos otros. ¿Qué ha sido, por ejemplo, del Molino de Sagra, aquella su casa, donde vivió con su familia materna, tras quedar huérfano de padre con apenas 9 años y hasta su marcha a Madrid en 1888? Aquí, en este número 8 de la Cuesta de los Molinos, la permanente presencia del agua le ayudó a forjar la personalidad que luego cautivaría en Madrid a Miguel de Unamuno, a Juan Valera y a tantos otros compañeros de generación literaria, la personalidad que –también en la capital estatal–

enamoraría en 1892 a la futura madre de sus hijos. Tras conocerla en febrero durante un baile de máscaras celebrado en el Palacio de la Zarzuela, Ganivet se unió a la valenciana de origen cubano Amelia Roldán tan sólo tres meses después, en mayo de aquel 1892, el mismo mes en el que aprobaría las oposiciones a vicecónsul y comenzaría su andadura diplomática por diversas ciudades europeas, iniciando el periplo en Amberes, para seguirlo en Helsingfors, ya como cónsul, desde 1896 a 1898, y terminarlo de momento en Riga, donde ahora se encuentra desde finales de verano. El recuerdo de su hija Natalia, muerta en 1894 en Bélgica, y el posterior nacimiento de su hijo Ángel Tristán, precisamente en noviembre de ese año –¡otro noviembre!–, traen a su memoria escenas de su infancia en aquella casa. Y viéndose a sí mismo corretear entre los arriates del jardín, junto a un amigo de su propia calle con el que a menudo se divierte retándolo a saltar sobre los canales que conducen el agua hasta el molino familiar, se pregunta cómo estará ya el pequeño Ángel, a sus cuatro añitos recién cumplidos. ¿Se acordará de él? ¿Lo reconocerá al verlo? ¿Se reirá al cogerlo en brazos y al zarandearlo en el aire? ¿Se dejará abrazar y besar sin llorar? ¿Habrà aprendido a llamarle padre?

Y, una vez más, pasando como de costumbre de una cosa a la otra, se pone también a cavilar sobre su relación con la madre de su hijo, sin acertar con una justificación medio coherente al hecho de no haberse casado aún oficialmente con ella. Aunque jamás le haya escondido la autenticidad de su amor, y a pesar de haber reconocido de manera inmediata la paternidad de Natalia y de Ángel Tristán, otorgándoles legalmente en ambos casos su apellido, lo cierto es que Amelia no deja nunca de recordarle, cada vez que vuelven a reunirse para compartir una nueva y larga estancia en pareja, que todavía no ha cumplido la promesa que un día le hiciera tras seducirla en el baile del palacio real madrileño y convencerla, tan sólo tres meses más tarde, para que se fuera a vivir con él en apasionado pero irreverente concubinato. Y cierto es también que el escritor empieza ya a cansarse de esta situación que no sabe cómo atajar. La solución no puede consistir en prestarse a una pantomima para complacerla y dejar de so-

portar como hasta ahora la mirada triste y los duros reproches de Amelia ante su pertinaz negativa. ¿Qué hacer, entonces, cuando vuelva otra vez a plantearle la boda tras su llegada a Riga dentro de unas horas? ¿Resistirá imperturbable como siempre los lamentos de la amada, sin deponer su actitud, cada vez menos firme? Son ya varias las ciudades europeas a las que ha sido destinado desde que aprobara las oposiciones, hace ya más de seis años, y en todas ellas han compartido felices largas temporadas juntos, sin que nunca antes hubiera sentido Ganivet la angustia que hoy le atenaza ante su inminente visita. Por eso el escritor trata ahora de distraer su atención palpando en el plano el curso del agua que movía los molinos que dieron nombre a la calle donde se ubicaba su casa, intentando consolarse así con el halo de luz de las pequeñas ninfas, las ondinas, esos espíritus elementales del agua, esos seres fantásticos que en su continuo movimiento inundan Granada de aljófares, las diminutas y frías gotas de agua que tanto se parecen a las perlas.

Intenta consolarse Ganivet en su frío despacho de Riga repasando en el mapa las arterias acuosas de Granada. Pero ya ni siquiera el agua le sirve para soñar su ciudad. Ya no escucha a su aguador preferido: “¡Fresca como la nieve! ¿Quién quiere agua? ¡Acabaíca de bajar la traigo ahora! ¡Agua del Avellano! ¡Como la nieve! ¡Buena del Avellano! ¿Quién quiere más, que se va el tío?” Porque, como ya dejó bien claro en su capítulo sobre el agua, un hijo legítimo de Granada como él “no se contenta con llamar al primer aguador que pasa”, sino que “la busca él, yendo a donde sepa lo que bebe”. Y, aunque haya aficionados al agua de Alfacar, a la de las fuentes de la Salud o de la Culebra, a la del Carmen de la Fuente y hasta a la de los pozos del barrio de San Lázaro, lo cierto es que “los grandes grupos, como quien dice los partidos de gobierno, son alhambristas y avellanistas”, que hasta en esto del agua de beber apuntaba ya la cosa al bipartidismo. Esta noche, en cambio, es como si hasta el agua del Avellano, que tan apreciada siempre le fue, estuviera envenenada, contaminada, despilfarrada...

¿Qué río es éste? ¿No hay aquí barco que pase? ¿Es esto Riga? ¿O quizás Granada? ¿Es éste el Dwina? ¿Será el Genil mi lecho? ¿Habrá crecido

el Darro lo suficiente para fundirme en sus aguas? ¿Es por eso este frío tan intenso que siento? ¿Pero cómo es que tengo frío si estoy ardiendo? Acaba en ese momento de llevarse la mano desde el papel a la frente y, en efecto, la ha notado demasiado caliente. Vuelve entonces a posar los dedos donde antes, pero ya no distingue el dibujo de las corrientes fluviales sobre el plano. El agua lo va anegando todo al ritmo que le aumenta la fiebre. Todo se va poco a poco emborronando. No quedan ya tintas, ni dibujos, ni medidas. Todo vestigio es el rastro de un poema. De su propio poema, presagio ya de su trágico final:

*“Quién pudiera rosa ser
que en naciendo se deshace
y muere allí donde nace.
¿Para qué tanto saber y luchar y padecer
si al cabo, en la hora postrera
cuando la muerte certera
me hiere, todo lo olvido
y sólo un sepulcro pido
en el lugar donde naciera?”*

Arde por dentro y sueña únicamente con el alivio del agua, su verdadero amor, su definitivo destino. Le arde la frente, la cabeza toda por dentro, el pensamiento mismo. Le sale el fuego ya por los ojos secos, sin lágrimas, sin más consuelo que el agua de su fuente, de sus aljibes, de sus pilares, de sus acequias, de sus ríos... Y sale a la calle dispuesto a sofocar su angustia en el agua de otoño de su Granada amada. Es 29 de noviembre de 1898. Instantes después, durante la obligada travesía en barco desde el consulado a su domicilio familiar en Riga, al que hoy mismo tiene Amelia anunciada su llegada para una nueva y larga estancia a su lado, Ángel Ganivet se arrojará al río Dwina para ahogar en sus aguas la fiebre que lo consume por dentro. Y aunque entre varias personas conseguirán rescatarlo y subirlo de nuevo a bordo, su decisión es tan firme como su locura de amor por el agua. Logrará, pues, zafarse de sus salvadores

y arrojarse por segunda vez al río, de cuyo lecho sólo volverá a salir ya cadáver. Más tarde se llegará a conocer que el doctor Ottomar von Haken, tan sólo tres días antes del fatal desenlace, le había diagnosticado una terrible manía persecutoria y una no menos temible parálisis progresiva que alguien ha relacionado con graves secuelas de inconfesables enfermedades anteriores. Quienes hemos asistido ahora a la secuencia de su última noche en el consulado, a su delirio de amor por el agua de Granada, sabemos, no obstante, la verdadera causa de su suicidio.

Para Ana Jiménez-Valladolid Sedano

Paniolla

NICOLÁS PALMA

*Hielo y me quema
fuego blanco es la vida
fuego y me hiela*

D*RIP... drop... drip... drop...*
La lluvia tiene el sabor de los recuerdos, trabaja la tierra —se ocupa de la vida, ¡huele a vida!— y todo lo que toca lo convierte en música.

A Paniolla, huérfano, mendigo y ciego, le gustaba caminar bajo la lluvia porque el roce de la lluvia con las cosas descubre a los ciegos el mundo: lo hermoso y lo feo, lo grande y lo pequeño, la noche y el día, se le mostraban tal y como eran a través de su sonido y a través del aroma que la lluvia descubre en las cosas, en nuestras mudas hermanas las cosas.

En cada gota una sílaba, en cada gota una voz, una señal, una palabra. Como un lazarillo, la lluvia le hablaba, le nombraba el mundo, le daba ojos y lo guiaba.

Drip... drop... drip... drop...

Entelerido, pies en cueros, brotes de alpiste en el pelo... cuando arreciaba el invierno era de ver al desarrapado limosnero tiritar entre el guiñapo que ajustaba con alambre a su menudo cuerpo.

—¡Muerto de hambre!

—¡Matamadres!

—¡Piojo ciego!

—¡Tontico!

Tontico... Ajeno a la pedrada del insulto, confiado a la cordura de la lluvia y al escapulario marrón de Nuestra Señora del Carmen, que en vida perteneciera a su madre, ¡corazón feliz!, sin saber por qué, reía; sin rencor y sin temor cantaba, gritaba y reía hasta quedar sin voz. Cuando la lluvia tocaba su cuerpo chisporroteaban en el aire la inocencia y la alegría.

A veces, al caer la noche, se abrazaba con ternura al Árbol Grande, a la vieja acacia que besaba el Albaicín y lo hechizaba: recostaba su mejilla contra el tronco, la acariciaba y le decía muchas veces “mamá”:

—¡Mamá, mamá...!, ¡mamá, mamá...!, ¡mamá, mamá...!

Así, como el “cri-cri” monótono y dulce de un grillo; así, para sentirla en sus labios, para sentir lo que sienten los niños cuando llaman a su madre.

—Los mejores ojos viven en el corazón —decía la Beata de los Ojos Chicos al verlo abrazado a su árbol—, sus miradas son más dulces.

Y mendigaba.

Cuerpo a cuerpo con la vida, mendigaba.

Ciego en la boca del mundo, suplicaba.

Con su pequeño puchero de lata ennegrecida y abollada al cuello, entre fandango y fandango —por granainas—, tentaleaba a pasos ciegos el barrio del Albaicín:

—*Probe, ciego y en Graná/ ¡qué gran desgracia la mía!/ probe, ciego y en Graná/ No tengo pare ni mare/ no tengo besos ni pan... ¡Pan y olla, por el amor de Dios!... ¡Pan y olla, por el amor de Dios!...*

Por el amor de Dios... Su ingenua voz se la llevaba el viento, el mismo viento que le traía el aroma que la lluvia descubre en las cosas, en nuestras mudas hermanas las cosas.

Don Manuel Melón, cura párroco de San José, contaba que Paniolla nació cuando rociaban el estiércol, que no veía ni el dolor que tenía dentro y que nadie acertaba a comprender para qué lo había hecho Dios.

—¡Por un real regalo a San Nicolás! —pregonaba el inocente en la capueta de la iglesia parroquial.

Entonces estaba arropado de carne.

Después no. Después pasó lo que pasó y...

— ¡Aquí no pide ni Dios! —le dijo un mal día don Melón.

— ¡Don Sandía! —por el hueco de sus dos dientes perdidos respondió Paniolla a don Melón, al tiempo que le arrojaba a la cara el limosnero, las limosnas y las estampicas troqueladas de San Nicolás de Bari, el santo más bueno del bajo Albaicín— ¡Te metes la “fábrica” en la *ppffiuuiuiiii!* — las palabras gruesas le estallaban con silbidos en la boca.

Desde entonces fue alma y hueso. Comía dos veces a la semana en el Asilo de Noche, una vez al mes en la Asociación de Caridad y, con colillas de vino, tabaco y pan duro, mataba el hambre en la taberna de Miguelito, el Gigante.

Drip... drip... drip... drip...

Como el sol, que solo sabe ser sol y trabajar de sol a sol. Como el viento, que solo sabe ser viento y arañarse en las ramas del árbol; Paniolla, solo supo ser Paniolla y rodar como ruedan los cantos rodados.

—...Pedid, y se os dará, hijos míos; pedid, y se os dará; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; llamad, y se os abrirá; y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidan salud, y fe espiritual, y pan!

En la Misa del Gallo de 1937, cuando don Melón, acabado el rito de la despedida, tomaba postura para dar la bendición, Paniolla —en aquel tiempo no tendría más de diez u once años—, como llovido del cielo, apareció ante el altar hincado de rodillas frente al Cristo del Silencio.

¡Perfil de dolor gitano!

El mundo se paró a escucharlo:

— ¡Ave María Purísima, Señor Cristo! —dijo, después de arrojarle a los pies un ramo de flores de invierno — Aquí me tienes, en persona viva, para decirte que me da mucha penica-pena estar tan solico y tan ciego. Vengo porque tú también eres mi padre, porque soy de tu carne y tu sangre y quiero que me alivies para echarte un vistacico. ¡Que no te vide en mi vida, Señor! ¡Que solo veo noche en el mundo! ¡Que tengo los ojicos muertos! ¿No me conoces? ¡Vesme!, soy Paniolla, el hijo de Angusticas, la Repompa; el hijo de mi papa y de mi mama. ¡Mamica, ven! ¡Mama! ¡Ay, mi mama! Mira que se lo decía a la partera cuando me estaba naciendo: ¡Paya, que le vas a hacer daño a mi mama! ¡Paya, que me la vas a matar! ¡Que me va a dar un telele y me puedo quedar ciego! Y la paya, ¡venga tirar!; ¡y venga tirar!; asine, con el chupacharcos —simulaba el aspaviento con los brazos—; asine, por donde sale la vida. “Vamos, boni-co, venacacacá”, me decía la hijaputa para que saliera —en aquel tiempo “hijaputa” no era una palabra gruesa—. A la pobretica de mi mama yo le daba el corazón de pensamiento para que no me se muriera, pero la bruja de la partera me la mató, me la rajó por sus partes y se murió del dolor. A mí me trujo con este mal de aire en la cabeza y asine de solico y de ciego. Tú no estabas cuando me parió, Señor, Tú no estabas; la gente lo dice, aquello fue un parto sin Dios. Pero yo no la maté porque eso fue lo que pasó. Yo nunca maté a mi mama. Yo no soy un matamadres. Mi mama murió para que yo naciera. ¡Pobretica mi mama! ¡Mamica, ven! ¡Mama! ¡Ay, mi mama!... *Llora que tienes razón / si se te muere una mare/ llora que tienes razón/ que cuando murió la mía/ la tierra se humedeció/ de lo que lloré aquel día* —al compás de las campanas, cantó este fandango de El Gloria para ahuyentar el dolor—. ¡Lavín, Señor, ten carιά! ¡Alívame, que sólo tengo a mi mama y me la tienes contigo en el cielo! ¡Que nunca pude abrazarla y tengo el alma mancá! Tú no sabes lo que es eso. Los hombres morimos dos veces, me lo dice Miguelito, mi amigo de la taberna; la primera, cuando se muere tu madre, duele... Tú no sabes lo que es eso. Don Melón tampoco tiene una madre, don Melón es bueno; él no lo sabe,

pero es bueno; el probe es más viejo que un monte y no se da cuenta que a los tonticos nos duelen los sentimientos. ¡Lavín, Señor, ayúdame que “padre” no es un apellido! ¡Que un padre es compañía y cariño! ¿No me dices naica? —de madera sorda, ciega y muda, el crucificado del Silencio congelaba la mirada, entornaba los ojos y callaba— ¿Tú también me vas a echar por pedir en la puerta de tu iglesia? ¿No me oyes por culpa de las campanas? —a medianoche, San José, San Miguel, Santa Isabel la Real y las Tomasas, anunciaban a rebato la Natividad— ¿Todavía no me conoces? ¡Mírame!, soy Paniolla, el juguete de los niños. Si quieres tú también puedes tirarme piedras, y decirme “tontico”, y pegarme. A mí todo eso me da igual, a mí nadie me enseñó a llorar. Pero trabaja un poquillo conmigo, Señor, que sólo quiero el calor y el amparo de un padre. ¡Mamica, ven! ¡Mama! Ay, mi mama! Si no estuviera tan ciego te blanquearía la iglesia, la llenaría de flores y pondría esparadrapo y yodo en tus heridas, ¡pero no veo ni cantar, Señor! Nací con oídos y palabras, y bien que te lo agradezco, pero vivo siempre a oscuras y nunca vide ná del mundo. Yo no vide nunca un pájaro, ni la luz de las estrellas, ni los colores del cielo. Yo no vide nunca el cielo. ¡Si hasta soñando soy ciego, Señor! A veces sueño contigo; no te veo, pero sé que estás conmigo. Lo sé porque me hablas y me acurrucas y te siento muy dentro del pecho. Sueño sin ver, pero te huelo, te oigo y te convidó. Anoche, sin ir más lejos, encontré en mi sueño un billetico y te convidé en Plaza Larga a rasca-rasca de hielo con jarabe de chocolate, a tabaco del bueno, a follasa, a... ¿A ti te gusta soñar? En los sueños no pican las chinches, ni duelen las muelas, ni te muerde el frío. Soñar es mejor que vivir; me lo dice Miguelito, el Gigante. Miguelito es listo y me enseña cosas buenas; me enseña también perrerías, pa navegar por la vida, pero es bueno. Miguelito es listo y bueno. Yo soy listo de sentimientos, y bien que te lo agradezco, Señor; pero soy tontico de *celebro*.

Entre olores a incienso, a humedades de capilla, y a madera de confesionario viejo, el silencio de Cristo arañaba.

— ¡Mamica, ven!

¡Era tan tierno su aire!

— ¡Próbetica mi mama!

Como un cuchillo en el pan se clavaban en el alma sus palabras.

— ¡Mama! ¡Ay, mi mama!

Boquiabiertos, doloridos, con el gesto arrugado y la piel engallinada, los fieles que abarrotaban la iglesia, abrazaban a sus hijos con ternura, miraban al Crucificado y susurraban:

—¿Señor, por qué le borras el mundo?... ¿Cómo permites que se te arrodille un inocente?... ¡Cuánta pena hay derramada en este mundo!...

Como tostones, de alma en alma brincaban las emociones.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, Benedicamus Domino. Ite, Misa est.*

Embutido en la casulla blanca de Navidad, con andares de mandarín y las manos palma con palma, don Manuel Melón, tras la bendición final, fulminó con la mirada al matamadres, penetró en la sacristía, dio un portazo a su parroquia y, sin dolor de sentimientos, se marchó.

—Ver a Paniolla es ver el mundo —dijo, con Dios deshaciéndose aún en su boca, la Beata de los Ojos Chicos—, ¡tan pobre!, ¡tan huérfano!, ¡tan ciego!

Mas, Paniolla no era el mundo. Tan pobre, tan huérfano y tan ciego, el hijo de la Repompa era el retrato del mundo.

Don Ramón y su pequeño astillero albaicínero

AYES TORTOSA

NADIE que esté en su sano juicio dirá que en el Albaicín hay playa, ni siquiera un pantano o un lago. Agua sí que hay, eso no podemos negarlo, pero corre por acequias y fuentes o duerme tranquila en la oscuridad y el frescor de los aljibes. Entonces, ¿qué hace en el Camino Nuevo de San Nicolás una fábrica de piraguas? ¡Ah, otro misterio! Misterios y más misterios de un barrio. Misterios que son como el pan y la sal de la vida.

Prestad atención, porque así es como empezó todo:

John y Elizabeth Bradley, dos jubilados ingleses, vinieron como turistas a visitar el Albaicín; les gustó tanto el barrio que se quedaron a vivir para siempre en él. Compraron una vieja casa con un pequeño huerto en el Camino Nuevo de San Nicolás, y la arreglaron. Allí vivieron felices hasta que llegó la hora de su muerte. Dejaron en herencia la casa a su único hijo Raymond Bradley, que trabajaba en la marina mercante.

“Don Ramón El Guiri”, así llamaron en el barrio al hijo, vino desde muy lejos para vender la casa pero, al igual que sus padres, fue seducido por la luz, las casas blancas, las estrechas calles, los pequeños jardines de los balcones, los gatos morrongos... y por ese agua que está pero no se ve del Albaicín.

-“Mi quedarme a vivir por siempre en esta casa”- dijo.

Así lo hizo, y para ganarse la vida montó un negocio relacionado con lo que de verdad entendía: el mar y la madera, pues se dedicaba a la carpintería de barcos. Decidió fabricar piraguas, pero no de cualquier tipo, sino piraguas marineras. Es decir, sólidas y de proa alzada, para enfrentarse a las olas. Pensó llamarlas, como no podía ser de otro modo: “Piraguas Albaicineras”.

-Don Ramón -le decían en el barrio-. ¿A quién le va a vender aquí sus embarcaciones? El río Darro está más seco que una tranca.

Y don Ramón o Raymond Bradley, como queráis llamarle, se reía y contestaba:

-“No problem, venir clientes, no preocupar. Mí tener mi huerto para comer. Mí no necesitar camisas ni shoes”.

Así era, con el buen tiempo Don Ramón se pasaba el día en su huerto, descalzo y desnudo de cintura para arriba, con un viejo pantalón sujeto a la cintura con una cuerda. Cuando llegaba el invierno se ponía un grueso jersey de pura lana escocesa, lleno de agujeros, heredado de su padre. Bueno, digamos que pasaba en el huerto la mitad del día, porque la otra mitad la pasaba en la taberna de Rosendo, de costa a costa, no precisamente marítima. “Navegaba” con el resto de parroquianos en esas etílicas conversaciones en las que se dice de todo sin decir nada.

La gente que pasaba junto a la valla de su casa sentía cierta envidia al ver a aquel hombretón de casi dos metros de altura, tan feliz en su soleado huerto -que olía a hierbabuena a naranjas y a madera-, descalzo y canturreando viejas canciones de marineros, mientras manejaba los planos y las herramientas para fabricar sus piraguas. ¡Eso es calidad de vida!

Pepe “El Apaño” y su mujer Felisa le ayudaban con el huerto. Don

Ramón, a cambio, les dejaba quedarse a vivir en la casa. Decía que con un “duermitorio” para él tenía suficiente.

No exagero si os digo que las piraguas que fabricaba Raymond Bradley eran verdaderas obras de arte, como le ocurre a todo lo que se construye sin prisa y con ilusión. Había patentado diferentes modelos: la piragua “Aljibe” para las grandes travesías; el modelo “Sacromonte” era un kayak de competición, ligero como una pluma. Para pasear en los días tranquilos y soleados había fabricado el modelo “San Nicolás”; corto y ancho, casi una bañera. La piragua “Chapiz”, de mucha eslora y poca manga era para los amantes de las emociones fuertes, es decir para todos aquellos que prefieren luchar contra las olas a gran velocidad y con pocas garantías. Pero todos sus modelos tenían algo en común, eran embarcaciones de madera, muy sólidas y muy bellas. Y no hemos mencionado los correspondientes remos, exquisitamente tallados.

Raymond, o don Ramón, iba colocando sus piraguas en el huerto y disfrutaba contemplándolas ya terminadas. Era razonablemente feliz.

-Don Ramón, esto no puede ser, hace cinco años que montó el negocio de “Piraguas Albaicineras” y aquí no ha venido ni el gato a comprarlas- le dijo una mañana Pepe “El Apaño”, mientras recogían los tomates.

-Huumm, ¡Very well! ¡Estos “tomaitos” no tener “chemicals! -le contestaba entusiasmado el gigantón inglés.

-¡Pero don Ramón no me escucha! Mire, falta muy poco para la Semana Santa y se me ha ocurrido una gran idea. Ya verá como la gente empieza a comprar sus embarcaciones.

Y ésta fue la idea:

Pepe “El Apaño” salía todas las Semanas Santas en procesión. Y decidió salir esta vez haciendo penitencia, es decir, cargando uno de los modelos más pesados de las Piraguas Albaicineras que fabricaba Raymond Bradley: el “Aljibe”.

Imaginaos la que se formó cuando la gente vio a un obeso penitente, que todos sabían que era Pepe “El Apaño”, en medio de la comitiva, cargando la enorme y pesada piragua.

Antonia, la de la droguería de la calle Panaderos, casi termina con un ojo morado, pues Pepe “El Apaño” no la vio al girar; y don Leopoldo se quedó sin su peluquín. Pero la propaganda fue muy eficaz.

Después de aquello Raymond Bradley o don Ramón, como preferiréis llamarle, consiguió vender algunas piraguas. El destino que le dieron los compradores es algo que desconocemos. Lo que es cierto es que en el patio central de un concurrido restaurante de Granada hay una “Chapiz” llena de calabazas, pimientos secos, espigas de trigo... como elemento decorativo, en una especie de hermanamiento entre el mar y la Alpujarra. Sé también, porque me lo ha dicho una persona de fiar, que en Madrid, en un museo vanguardista, cinco modelos “Aljibe”, macizadas con hierros y cemento, hacen de vigas traveseras en el complejo artesonado de la sala central. Incluso, el modelo “San Nicolás”, más corto y ancho, se ha utilizado con gran éxito como cuna. En pocas palabras, después de aquello Raymond Bradley había superado sus expectativas empresariales, se puede decir que había triunfado, a pesar del poco futuro que muchos le vaticinaron.

Así que si le añadimos que tenía para comer con los productos de su huerto, que no necesitaba comprarse mucha ropa que digamos, y que la casa la había heredado de sus padres: John y Elizabeth Bradley; podemos considerar que “Don Ramón el Guiri” se convirtió en un hombre bastante rico. Un potentado

Pero aquí no termina la historia, porque de pronto un día le entró nostalgia de su antigua vida en el mar y decidió probar él mismo una de sus piraguas, el modelo “Aljibe” de travesía de mar. Se embarcó en Motril, dicen que lo vieron atravesando el Estrecho de Gibraltar, se internó en la Mar Oceana, llegó a Las canarias y de allí partió rumbo al Caribe. A mitad de camino lo recogió, ¡casualidad!, un barco mercante inglés con el que dio la vuelta al mundo. Pasó algún tiempo y en el Albaicín, sobre todo en la taberna de Rosendo, lo dieron por desaparecido.

En el barrio llegaron a celebrar un funeral en la Iglesia de “El Salvador”, por el alma de Raymond Bradley, más conocido como don Ramón “El Guiri”, o Don Ramón a secas. Y, simbólicamente, enterraron en el Cerro del Aceituno, una de sus piraguas. Se formó una larga comitiva acompañando a la piragua, portada a hombros por Rosendo “el Tabernero” y Pepe “El Apaño”. Aquel fue otro de los momentos memorables de las piraguas albaicineras.

Mucha gente, que ni siquiera lo había conocido en persona, se lamentaba: “Con lo buen hombre que era”, decían. Y no creáis que eran hipócritas o fingían, lo sentían de verdad. Las cosas y la gente que se pierde en estos barrios se echan de menos más que en otros sitios. Este barrio es como una pequeña ciudad dentro de la ciudad. Muchos de sus habitantes aún dicen: “Voy a bajar a Granada a hacer un mandaillo”.

¡Ah!, pero no creáis que con el entierro en el Cerro de San Miguel termina la historia, porque si no sería un final triste, ¿no creéis? Y sobre todo falso.

Pues resulta que, un buen día, don Ramón regresó tan contento al Albaicín. Venía descalzo, como siempre, moreno, curtido, sonriente y con una gorra de marinero.

-“Nunca pensarirme for ever. Echar de menos los tomaitos, los pimientos de mi huerto y el mosto ” –dijo-. Y, sobre todo, echar de menos a los friends- añadió, dándole un abrazo a Pepe “El Apaño” y a Felisa, su mujer.

Trajo regalos para todos. A don Sebastián, el tendero, le regaló una pluma de pelícano para que llevara las cuentas; a Rosendo, el de la taberna, le regaló un pez espada disecado para que lo colgara en la pared; a la mujer de Pepe le trajo una concha de tortuga marina, para servir la pipirrana; a Enrique, el barbero, una navaja de afeitar de obsidiana comprada en Méjico; a Pepe “El Apaño” le trajo un amuleto de Brasil...

-¿Para qué querré yo esta muñequita tan fea?- se preguntaba Pepe.

Y en verdad que era horrenda, porque así entre nosotros, os confesaré que aquella “muñequita” era... ¡la cabeza reducida de un jíbaro!

